

Ven y sígueme...

... desde dondequiera que estés

HOJA Nº 27

... Yo soy el camino, y la verdad, y, la vida.

EVANGELIO

Jn 14, 1-12

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Que no tiemble vuestro corazón; creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas estancias; si no fuera así, ¿os habría dicho que voy a prepararos sitio? Cuando vaya y os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo, estéis también vosotros. Y adonde yo voy, ya sabéis el camino.»

Tomás le dice:

«Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?»

Jesús le responde:

«Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie va al Padre, sino por mí. Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto.»

Felipe le dice:

«Señor, muéstranos al Padre y nos basta.»

Jesús le replica:

«Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: "Muéstranos al Padre"? ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, él mismo hace sus obras. Creedme: yo estoy en el Padre, y el Padre en mí. Si no, creed a las obras. Os lo aseguro: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aún mayores. Porque yo me voy al Padre.»

HECHO DE VIDA

“Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”

TAHASHI NAGAI

Después de marcharse sus compañeros de Facultad, permaneció inmóvil en la sala de disección.

- ¿Es posible que sólo seamos eso? –pensaba-

- Después de la muerte, nada. Triste destino el del hombre. Los animales no pueden darse cuenta de lo que significa que un día se apague el pensamiento y se caiga en la negrura absoluta, en la nada, en el no existir.

- No, el espíritu no existe. ¿Qué es además el alma? Algo como las leyendas de los dragones, bueno para embaucar a las gentes sencillas. Pero yo, no puedo creer semejantes cosas.

Tahashi Nagi se apartó de sus reflexiones. Buscaré la verdad, pensó, y la encontraré. La ciencia me la dará. No me importa si para ello he de dedicarle mi vida.

La última mirada de una madre: Su madre estaba agonizando y se dirigía a verla. Entró en la habitación.

-¡Madre!- Estaba en la agonía y no le pudo contestar. Tan sólo le miró, con inmenso amor, con un mensaje en los ojos. Después los cerró para siempre.

-No; no puede ser que de ella no quede nada, que yo no la vuelva a ver nunca. Ella no me dijo adiós para siempre; simplemente se despidió como si fuera a emprender un largo viaje, al término del cual nos encontraríamos. Pero, ¿dónde está? ¿De qué manera vive?. No sabía cómo, ni dónde; pero estaba seguro de que su madre seguía viviendo.

Volvió a la Facultad, y directamente se dirigió a la biblioteca. Quería saber qué decían los filósofos sobre aquello. Un título atrajo su mirada. Era el libro de un sabio católico; los **Pensamientos** de Pascal. Durante horas meditó sobre aquel libro. La luz entraba en el alma de Tahashi. Dejó de ir a la biblioteca, más la semilla ya estaba arraigada en su alma. La religión católica, sin poder aceptarla porque en su conocimiento había muchas lagunas, lo atraía de un modo especial.

Midori Moriyama. Pocos meses después buscó otra pensión. Una familia sencilla le acogió. El primer día oyó a lo lejos el sonar de unas campanas. Se elevó la voz grave del padre recitando una oración, a la que contestaron las voces de las mujeres. Después de comer, salió a la huerta. Vió a la joven Midori.

- Midori...-dijo-

-¿Qué quieres? –preguntó-

-Te pido que me expliques una cosa. Cuando al mediodía tocan unas campanas, creo que rezáis. ¿Qué significa eso?

- Es la salutación a la Virgen.

- ¿A la Virgen? ¿Qué Virgen?

La conversación continuó y Midori le explicó a Tahashi qué era el Angelus y otros aspectos relacionados con esa oración. Porque la familia era católica.

El fin de curso se acercaba. Debía pronunciar un discurso en la entrega de los títulos. La tarde anterior, comenzó a dolerle un oído. Aquella noche, que había ido a dormir

a casa de un compañero, tuvo que salir, al amanecer, en busca de un calmante. A la hora en que en la Facultad se repartían los títulos, Tahashi se retorció de dolor, con una fiebre muy alta. Era una otitis especialmente grave. En los momentos de consciencia que tenía, siempre encontraba a la madre de su amigo que rezaba con un largo rosario en sus manos. A veces lo contemplaba, fijándose en la cruz de madera en la que aquel hombre que los católicos decían que era Dios abría los brazos como si le llamase. Tahashi perdió el oído derecho por lo que nunca podría usar el estetoscopio, pero su voluntad y amor a la medicina le dirigieron a la medicina radiológica.

Japón entró en guerra con Manchuria y allá tuvo que ir Tahashi: allí recibió por correo, ropas y también un catecismo, de Midori. Al cabo de un año regresó a su patria. Lo primero que hizo fue ir a ver a Midori.

—Midori —dijo—, voy a hacerme católico.

—¿Querías ser mi esposa después?

Midori asintió llena de felicidad. Tahashi fue luego a visitar al párroco para pedirle que le admitiera en la Iglesia Católica. El párroco le indicó que debía conocer a fondo la fe que quería abrazar, a lo que Tahashi respondió que en Manchuria había reflexionado profundamente y leído muchas veces el catecismo que Midori le había regalado. Días después en una solemne ceremonia, Tahashi recibió el Bautismo.

Hacía varios años que Japón estaba en guerra con China. La miseria azotaba a la población. Tahashi trabajaba en el Departamento de Rayos Roentgen. Por el hospital pasaban cientos de personas. En los pulmones de muchos de ellos había cavernas, Un día se vio precisado a decirle a su ayudante:

- Desde mañana haremos radiografía directa. No hay películas.

-¡Eso es extraordinariamente peligros, señor!

Como consecuencia Tahashi enfermó de leucemia. Yo calculo —dijo— que me quedan unos tres años de vida. Después en su mente, murmuró una oración.

9 de agosto: 11.02 horas. En Nagasaki se oyeron las sirenas de alarma. Japón estaba en guerra con Norteamérica. A la mente de todos acudió lo ocurrido en Hiroshima tres días antes. Repentinamente todo se iluminó. Al mismo tiempo una ola de fuego se extendió por la ciudad. Siguió una explosión horribunda y los edificios se desmoronaron. La alarma le pilló a Tahashi en la Facultad a la que llegó el fuego a las cuatro de la tarde. A pesar de su estado y haberse herido en la sien, con los escombros, siguió trabajando sin descanso, atendiendo a los heridos durante dos días. Hasta que su estado le obligó a tomarse un descanso. Tahashi emprendió el camino de su casa. Su casa, no era más que ruinas. En el lugar donde estuvo la cocina había unos huesos. Era lo que quedaba de Midori, Cayó de rodillas y entonces descubrió un rosario, seguramente el que Midori tenía en las manos en el momento de ocurrir la catástrofe. Lo cogió y rezó.

Una hinchazón se declaró en todo el cuerpo del doctor, la herida de la sien se abrió, la fiebre subió hasta cuarenta grados. Recibió la Extremaunción y se durmió. Contra todas las previsiones, al día siguiente todavía estaba vivo. Y cosa extraña, la sangre de la herida se coaguló y poco tiempo después estaba cicatrizada.

-Dios ha querido concederme un tiempo —dijo el doctor—. Voy a emplearlo en trabajar. Es lo único que sé hacer por su gloria.

El doctor Tahashi, apoyándose en un grueso bastón, regresó al valle de Urakami, donde había estado Nagasaki. *(Continúa en la página siguiente, nº 4)*

(Continuación de la página 3)

Cerca de su antiguo hogar, construyó una chabola. En la pared, un crucifijo, el del altar familiar, abría sus brazos aunque no tenía cruz ya que el fuego la había consumido, aunque inexplicablemente no había tocado el cuerpo de Cristo.

-Hay que reconstruir —, reconstruir basándose en el perdón y el amor.

La Facultad de Medicina de Nagasaki le llamó. El doctor se puso a sus órdenes aunque los desplazamientos le producían un gran sufrimiento.

En los primeros meses de 1947 se vio obligado a renunciar a su cargo en la Facultad de Medicina. Poco después no pudo levantarse del lecho. Pero tenía que alimentar a sus dos hijos y a sí mismo y no le era posible trabajar.

—Mi cerebro funciona y también mis manos —se dijo—
Recostado sobre almohadas, llenaba cuartillas y cuartillas. El éxito más extraordinario acogió a sus libros. Sobre todo dos. **“Al dejar estos hijos”** y **“Las campanas de Nagasaki”**, las leyó el Japón entero. Más tarde, ésta última se llevó al cine. Le visitó el Emperador del Japón y le envió una carta especial el Papa, Pío XII. La fama le producía inconvenientes.

—Soy cristiano y poseo la verdad- ¿Cómo puedo negarme a guiar a mis hermanos que luchan en las tinieblas? contestaba cuando algún amigo pretendía acabar con aquellas visitas.

Por fin se dejó llevar al hospital; casi al llegar a él entró en la agonía.

—“Jesús, José y María...”,-dijo en voz alta el doctor—...En vuestras manos encomiendo mi espíritu”. “Rogad...”-susurró.

Su voz se extinguió y con ella el latir de su corazón. Tenía cuarenta y tres años. Era el 30 de junio de 1951.

SUGERENCIAS PARA LA SEMANA

- **¿Trato de buscar la verdad en la orientación y objetivos de mi vida?**
- **¿Y en el día a día?**
- **¿Me dejo llevar de la hoy tan frecuente “apostasía silenciosa” por buscar fuera de Jesucristo, el sentido y plenitud de la vida, ya que Él es el que sacia el corazón humano?**

Parroquia Ntra. Sra. Reina del Cielo.- MADRID